

El humanismo en Sor Juana Inés de la Cruz (Basado en la respuesta a Sor Filotea-1691)

Iveth Barruntes Rodríguez ¹

Resumen

En el presente trabajo se hace un estudio sobre las tesis centrales del humanismo en Sor Juana Inés de la Cruz, con base en la respuesta que la religiosa dió a Sor Filotea², en 1691, en la así llamada *Carta Atenagórica*³.

A modo de introducción y en procura de contextualizar las tesis referidas, se brindan algunos elementos para la interpretación y, para ello, se analiza brevemente la carta de Sor Filotea y el humanismo contextual desde el que se proyecta nuestra autora. Este objetivo se lo debe tener claro, pues no pretendemos llegar más allá.

Palabras clave: Humanismo contextual, Sor Juana Inés de la Cruz, Carta Atenagórica (Respuesta a Sor Filotea 1691).

Abstract

In this paper, there is a study about the central thesis of humanism in Sor Juana Inés de la Cruz, based in the religious answer given to Sor Filotea, on the Carta Atenagórica in 1691.

As an introduction and as a way to contextualize the referring thesis, there are given some elements for interpretation, for that reason there is a brief analysis of the Sor Filotea letter and the contextual humanism from our author's points of view.

Key words: Sor Juana Inés de la Cruz, humanism contextual, Carta Atenagórica (answer given to Sor Filotea).

ELEMENTOS PARA UNA INTERPRETACIÓN: LA CARTA DE FILOTEA Y EL HUMANISMO CONTEXTUAL⁴:

A raíz de la impugnación manifiesta de Sor Juana, respecto del discurso del Reverendo Padre Antonio de Vieira en el Sermón del Mandato, referente a las finezas de Cristo, Sor Filotea de la Cruz, con gran sutileza, sanciona las manifestaciones de aquella y le recuerda, con magistral letra, sus límites y direcciones. Entre otros asuntos, señala lo siguiente:

"No es mi juicio tan austero censo que esté mal con los versos –que V. md. se ha visto tan celebrada–

después de Santa Teresa, el Nacimiento; pero deseara que los imitara, así como el metro, también en la elección de los asuntos".

Se basa, la carta de Filotea, en una concepción de mujer limitada por cautiverios ideológicamente desentrañables. Por ejemplo, manifiesta, merced a típicas apelaciones a la autoridad, propias del barroco y heredadas del medievalismo, que la mujer es dominada, súbdita y, consecuentemente, obediente. El planteamiento de género implícito es dicotómico y se lo puede entrever, e. gr. al leer:

"Letras que engendran elación, no las quiere Dios en la mujer; pero no las reprueba el apóstol cuando no

- 1 Profesora e investigadora en la Sede de Occidente de la Universidad de Costa Rica.
- 2 Cuando se citen textos sin señalar referencia, corresponde precisamente citas tomadas de la respuesta aquí referida y contenida en las *Obras Completas* de la Santa.
- 3 A) Según Claudet (135:1979): "El Obispo de Puebla, D. Manuel Fernández de Santa Cruz, publicó en 1690, esa famosa carta (...), bajo el seudónimo de Sor Filotea de la Cruz".
B) Paz señala: "Atenagórica significa: digna de la sabiduría de Atenea. Inmenso elogio de sor Filotea" (Paz, 1985: 511).
- 4 En Paz, 1985: 511 a 533 se hace una contextualización sumamente completa de la carta en cuestión por lo que se recomienda la lectura de estas páginas para los que deseen profundizar más.

sacan a la mujer del estado de obediencia. Notorio es a todos que el estudio y saber y han contenido en V. md. en el estado de súbdita, y que le han servido para perfeccionar primores de obediente; pues si las demás religiosas por obediencia sacrifican la voluntad, V. md. cautiva el entendimiento que puede ofrecerse en las aras de la Religión".

Se tiene así que, apelando a la concepción de género, **Filotea** pretende delimitar el accionar de Sor Juana y, consecuentemente, el del resto de mujeres.

Filotea subraya otro asunto de fundamental importancia para nuestras consideraciones posteriores, al referirse al pueblo egipcio como uno de los pueblos con mayor sabiduría, pero cuestionado por su limitada reflexión o acción ética. Mas la noción era moralista, antes que metafísica: se entendía la ética como reguladora de pasiones mundanas y tendiente a conseguir la eternidad escatológica y salvífica.

Ciencia, sabiduría y salvación eran unidad desde la óptica de **Filotea**, quien representa la oficialidad. Por lo tanto, el conocimiento y la moral debían regularse al amparo del **telos** religioso, retrocediéndose a posiciones neoagustinianas de la Alta Edad Media, donde la filosofía termina en esclava de la teología o, lo que es igual, la razón de la fe, o bien, el pensamiento libre de la imposición inquisidora religiosa. De aquí la sentencia de Justo Lipsio citada en la carta que comentamos: "*Ciencia que no es del Crucifijo, es necedad y sólo vanidad*".

Los elementos anteriores sintetizan rasgos de la cosmovisión oficial religiosa de aquel momento, basada en las más antiguas y superadas concepciones cosmológicas, en las que lo mundano, lo corruptible, lo concupiscible, eran separados radicalmente de lo supralunar, lo inmutable, lo racional. Siendo éstas características superiores, en naturaleza, con respecto de aquellas, las terrenales y, aún más, de las infernales. De aquí que **Filotea** categóricamente sentencie:

"Lástima que un tan gran entendimiento, de tal manera se abata a las rateras noticias de la tierra, que no desee penetrar lo que pasa en el cielo; y ya que humilde al suelo, que no baje más abajo, considerando lo que pasa en el infierno".

Sor **Filotea** asume en su epístola las principales tesis profesadas por la oficialidad eclesial, procurando desmenuar las posiciones heréticas externadas por Sor Juana

Inés de la Cruz y, quizá sin darse cuenta, brindándole la oportunidad para que ésta respondiera, anunciando una nueva época epistémica e iniciando su sistematización implícitamente.

En la introducción a su respuestas, Sor Juana no duda en afirmarse como inclinada por naturaleza a las letras y con claridad lo señala:

"... es que desde que me rayó la primera luz de la razón⁶, fue tan vehemente y poderosa mi inclinación a las letras, que ni ajenas represiones –que las he tenido muchas– ni propias refleja –que he hecho no pocas– han bastado a que deje de seguir este natural impulso que Dios puso en mí (...) y sabe que he pedido que apague la luz, pues lo demás sobra, según algunos, en una mujer; y aun hay quien diga que daña".

El extracto anterior recuerda el iluminismo epistemológico agustiniano, en el que la razón funciona gracias a la intervención iluminadora de Dios, por lo que el conocimiento no es otra cosa que un producto de la divinidad, antes que del ser humano, con voluntad propia o con autodeterminación.

Tales juicios resultan acordes con los postulados de órdenes contemplativas y pías. Pareciera que, al igual que Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz y los profetas de Israel, Sor Juana se siente obligada, por fuerzas místicas, hacia la verdad y hacia la expresión verbal. Ella estudia para contemplar, no para compartir y menos aun para enseñar, así, la razón de su estudio complace a las jerarquías, el resto, mágicamente se presenta como obra de Dios.

No está de más indicar que su obra es mostrativa, poética y altamente socializadora, por lo que pareciera que su momento la arrastra al ejercicio racional, y que ello resulta contradictorio con respecto de la posición ética de su contexto histórico oficial y al discurso dominante.

En contradicciones se mueve Sor Juana. Por un lado, su vocación literaria y, por otro, el rol de mujer y de religiosa que eran delimitados con claridad por la Iglesia. Su humanismo es producto de encrucijadas, de claustros y prohibiciones constantes. Un mal paso en asuntos teológicos sería causal de muerte, no había contemplaciones ni atenuantes. Por lo tanto, su texto se lo debe **descodificar** para extraer lo implícito en él, sin conformarse con lo apariencial. Ella estaba clara en el asunto y lo manifestó al escribir:

5 Firmada el 1 de marzo de 1691 pero publicada hasta 1700.

6 Al inicio del I acápite de su carta, Sor Juana enfatiza este asunto al indicar: "... digo que no había cumplido los tres años de mi edad cuando (...) me encendí de manera en el deseo de saber leer (...) y supe leer en tan breve tiempo..."

"... yo no quiero ruido con el Santo Oficio, que soy ignorante y tiemblo de decir alguna proposición malsonante o torcer la genuina inteligencia de algún lugar. Yo no estudio para escribir, ni menos para enseñar (que fuera en mí desmedida soberbia), sino sólo por ver si con estudiar ignoro menos".

Así, Sor Juana fue hija de su época, pero dicho momento no fue uniforme ni homogéneo; por el contrario, y por ser época de transición, resultó confuso y pluriforme. Por tanto, para mayor precisión, es válido afirmar que esta autora representa una vertiente de su época, la vertiente más avanzada y científica, heredera del nuevo pensamiento filosófico del renacimiento y del barroco, como tal, opositora de los últimos resabios medievales, representados por la jerarquía eclesial, a la cual debía respeto y obediencia.

Así, su obra, avanzada, resultaría necesariamente incómoda y perjudicial para las esferas de poder religiosas, por dos razones centrales: la una, referente al ejercicio libre del pensamiento; la otra, concerniente a su feminidad. Pensar sin plegarse a la verdad revelada, a la jerarquía y a la tradición, ciegas por natura, era inconveniente y, además, pensar desde el estatuto de mujer era doblemente inconveniente, más aún, quizá, imposible.

Recuérdese que con el Renacimiento se **reconceptualiza** el puesto del hombre en el cosmos, entendiendo a éste, en tanto ser racional, como el centro de lo existente y, consecuentemente, dominador de la creación. Asimismo, comprenderlo en su composición hilemórfica lo reivindica, inclusive desde el punto de vista sensorial y placentero, comenzando a **dudarse** de la superioridad de la vida contemplativa sobre la activa⁷

Esta corriente humanística del renacimiento también pondera adecuadamente el valor de las letras y comprende la necesidad de que el hombre posea una formación integral, en un proceso de auto-reconocimiento como sujeto creador y transformador.

Dentro de tales concepciones, se proclama la libertad de la persona humana y se combate la sobrevaloración religiosa, preparándose el terreno para pasar de la soberanía de Dios a la soberanía del hombre o, análogamente planteado, de la soberanía de la fe a la de la razón y el sentimiento, por lo que lo eidético adquiere relevancia, así como el placer y la satisfacción de las necesidades materiales.

Estos elementos humanísticos fueron terreno propicio para que, por primera vez después de varios siglos

de oficialidad neoplatónica, la humanidad se preocupara nuevamente, dejando allende el trascendentalismo religioso medieval, por los problemas más humanos, triviales y cotidianos: el libre albedrío, el ejercicio libre de la razón, el placer y la satisfacción de las necesidades humanas y el desarrollo del conocimiento a partir de la realidad material y con base en la certeza de la inteligencia humana.⁸

Un poco más tarde, ya en el siglo XVIII, fundamentalmente con el desarrollo de los planteamientos teóricos de Descartes, Locke, Rousseau y otros, el humanismo avanza con el así llamado naturalismo, que consistió en afirmar la esperanza en la razón y en su expresión material por medio de la palabra. Se consideró lo discursivo y lo racional como instrumentos principales para el dominio del hombre sobre la naturaleza y, consecuentemente, garantizadores del mejoramiento de la sociedad y del individuo.

En este momento, hay absoluta confianza en el triunfo de las ciencias y de la política contractual, para lograr el estado perfecto de ordenamiento y de conocimiento de la humanidad. Se insiste en la tolerancia religiosa y en la libertad del pensamiento, por medio de lo científico, lo filosófico y lo artístico. Se defiende el desarrollo del individuo en las dimensiones potenciales que le provee su naturaleza particular.

Precisamente, es inmersa en este contexto de coordenadas, adversas unas y confusas otras, que produce Sor Juana Inés su obra. Posada en una gran disyuntiva, representada por dos posiciones radicalmente distintas y excluyente entre sí: la del nuevo humanismo, el renacentista, naturalista y mecanicista, o la del humanismo liberal que, en su sentido oficial, no era otra cosa que un teocentrismo oficializado e inquisidor, según ya se ha advertido.

SOBRE EL HUMANISMO DE SOR JUANA: A MODO DE INTERPRETACIÓN.

Nuestra tesis es simple: Sor Juana Inés de la Cruz, sustentando argumentaciones de estilo medieval, representa el humanismo más avanzado de su época, pero su ejercicio se pierde en el compromiso de la fe; no por su voluntad, sino por mandato oficial, por amenazas existenciales y porque su discurso no podía deslindarse de tales requerimientos, por cuanto hubiera estado aún más relegado a la marginalidad.⁹

7 Se utiliza el concepto hombre y no el de ser humano, con el único objetivo de ser fiel con el momento histórico al que se hace referencia.

8 Es válido señalar que los esfuerzos en este sentido se evidencian también en el siglo XIII, por ejemplo, cuando el Dr. **Angélico "cristianiza"** a **Aristóteles**, lográndose cierto auge del quehacer científico.

9 Paz: 1985, dedica un extenso análisis sobre "**Elasedio**" (Pág. 566-581) sufrido por Sor Juana, también es importante realizar la lectura de este apartado para comprender las presiones y situaciones que debió vivir ella.

Queda claro en la respuesta que le brinda Sor Juana a Filotea que la intención ulterior consistía en alcanzar la cumbre de la sagrada teología, lo que coincide con la expectativa del medievo, pero la novedad radica no en el fin, sino en el medio. La aproximación la lograría por medio de las ciencias y las artes humanas. He aquí un primer rasgo de humanismo. Se refiere a él haciendo cita explícita a: La lógica, la retórica, la física, la música, la aritmética, la geometría, la arquitectura, la historia, la erudición y la astrología.

Atrás había quedado el pensamiento feudal unilineal y teologizante. Se atisba la necesidad de la visión enciclopédica, hoy llamada holística. Sor Juana comprendía la necesidad del desarrollo científico integral, solo así se podrían alcanzar las alturas teológicas, o sea, desde el **sustrato** material e histórico, partiendo del juego cotidiano y de la experimentación sensorial. En este sentido indica lo siguiente:

"... aunque no estudiaba en libros, estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndome ellas de las letras, y el de libro de toda esta máquina universal. Nada veía sin refleja; nada oía sin consideración, aun en las cosas más menudas y materiales: porque como una hay criatura, por baja que sea, en que no se conozca el me fecit Deus, no hay alguna que no pasmee el entendimiento, si se considera como se debe".

De alguna manera, nuestra autora **retoma, interdiscursivamente**, las enseñanzas del humanismo naturalista y mecanicista de su época, en especial el representado por Descartes, quien a la letra señala asuntos profundamente análogos, al escribir en el *Discurso del Método, I*, lo siguiente:

"... abandoné el estudio de los libros, y decidido a no buscar más ciencia que la que en mí mismo o en el gran libro del mundo pudiera encontrar (...) Después de algunos años de estudio en el libro del mundo, adopté un día la resolución de estudiar en mí mismo y de emplear todas mis fuerzas espirituales en elegir los caminos que debía seguir".

También, este autor francés, insiste en subrayar el mecanicismo naturalista cuando, por ejemplo, se refiere al cuerpo del ser humano describiéndolo como una *"máquina compuesta"* (*Meditaciones, VI*); calificativo que también se utiliza cuando hace referencia al mundo exterior nombrado como *res extensa*.

Sor Juana, en la adquisición de su conocimiento, también resultó sustentada en ella misma, toda vez que confiesa haber sido autodidacta, quizás para no perjudicar a pensadores contemporáneos a ella:

"Volví (mal dije pues nunca cesé): proseguí, digo, a la estudiosa tarea (que para mí era descanso en todos los ratos que sobraban a mi obligación) de leer y más leer, de estudiar y más estudiar, sin más maestro que los mismos libros".

Científico y naturalista son dos rasgos del humanismo implícito en la obra de la religiosa y, según se advirtió en el apartado anterior, dichas cualidades, así como el mecanicismo, eran propias del humanismo contextual de aquel momento.

El sustento filosófico de tales posiciones **humanísticas** se apoya en un antropocentrismo intelectual. Al ser humano se lo ha re-descubierto en el renacimiento y se lo entiende como una *res cogitans*, como una cosa pensante, ubicada en medio de la *res extensa*. La confluencia de ambos niveles sustanciales permite que la cosa pensante se aproxime metódicamente a la cosa extensa, al mundo de la extensión. Tal aproximación, que implica una aprehensión epistemológica por parte del sujeto pensante, es certera, toda vez que parte del sentido común (o buen sentido) y éste se lo entiende, con Montaigne y Descartes, como *"la cosa mejor distribuida (por Dios) en el mundo"*.¹⁰

Existe certeza absoluta en la posibilidad científica de comprender y estudiar racionalmente la naturaleza. Confianza en la posibilidad de extraer la sabiduría del mundo mismo, con base en los dotes intelectuales de la humanidad, ya que los secretos más importantes y las verdades más significativas estaban contenidas en lo natural y resultaban inteligibles. Con Aristóteles, por medio de la cristianización efectuada por Tomás de Aquino, se supera las tesis agustinianas neoplatónicas, profesadas por la oficialidad eclesial, pero insuficientes para responder a las inquietudes científicas de los espíritus más inquietos de aquel momento, entre los que se encontraba el de Sor Juana Inés.

El marco epistemológico que sustenta este humanismo es novedoso en doble vía: se parte de supuestos teóricos y filosóficos que rompen con lo inmediato medieval, y se ejercita desde un genuino y autóctono quehacer americano. La preocupación identitaria encuentra terreno fértil:

¹⁰ En específico Descartes señala: "El buen sentido es la cosa mejor repartida del mundo, **ues** cada uno piensa estar tan bien provisto de él que aun aquellos que son más difíciles de contentar en todo lo demás, no acostumbran a desear más del que tienen." *Discurso del método, I. Mientras que Montaigne escribió al respecto: "De todo lo que la naturaleza dio al hombre, lo distribuido con más justicia es el juicio (o sentido), porque ni un solo hombre está descontento con lo que le ha tocado de tanto como podía haber recibido". Sobre la presunción. Ensayos, 2º parte, cap. 17.*

"De este modo, Sor Juana subvierte el problema del conocimiento, planteando prácticas cognoscitivas que son ajenas al espacio europeo, y sobre las cuales esta nueva subjetividad criolla reclama una especie de dominio cabal. No obstante, esta estrategia no deja de ser problemática, pues predomina en ella una tendencia reduccionista de las otras subjetividades americanas que todavía se representan desde una visión bastante jerárquica de la diferencia". (Martínez-San Miguel, 1999: 15)

Además, es fácil observar otro elemento novedoso en el humanismo de Sor Juana, aunque lo plantea de manera ingenua e incipiente, sin lograr desarrollos ulteriores. Hacemos referencia a las protonociones de género, con lo cual trasciende todas las tesis modernas oficiales e, implícitamente, cuestiona la subjetividad cartesiana. En este sentido, su respuesta logra el clímax cuando escribe:

"... pero señora ¿qué podemos saber las mujeres sino filosofías de cocina? Bien dijo Lupericio Leonardo, que bien se puede filosofar y aderezar la cena. Y yo suelo decir viendo estas cosillas: Si Aristóteles hubiese guisado, mucho más hubiera escrito".

La religiosa es clara en sus afirmaciones, revaloriza el papel cotidiano asignado al rol de la mujer y, en forma satírica y discreta, insiste que desde ahí se puede hacer filosofía y de la mejor. Consecuentemente, el pensamiento comprendido como medio para alcanzar la sabiduría no le está prohibido ni siquiera a la mujer tradicional, toda vez que su quehacer existencial la invita a pensar. El universalismo antropocéntrico prevé una de sus más altas dimensiones, pero tendrá que esperar hasta el siglo XX para que se lo desarrolle cabalmente; sin embargo, por la afirmación transcrita anteriormente ha permitido a algunos estudiosos considerarla como la primera feminista latinoamericana.¹¹

En este sentido, señalamos antes que precisamente Sor Juana sienta la base para la trascendencia de la subjetividad cartesiana, resituando modos de saber marginales, por medio de lo cual se confirman elementos propios de un humanismo holístico y contemporáneo:

"Una vez que se logra cuestionar efectivamente la noción del sujeto racional y autónomo, es posible captar los modos alternativos del saber que se proponen en algunos de [los textos de Sor Juana] sin asumir una perspectiva jerárquica y teleológica sobre la constitución de un sujeto epistemológico necesariamente moderno. En este sentido los textos de Sor Juana podrían dialogar con las nociones más contemporáneas

de lo que Haraway denomina **saberes situados**, o lo que Foucault denomina como **saberes subyudados**". (Martínez-SanMiguel, 1999: 49-50)

A MODO DE SÍNTESIS.

En una primera síntesis, se puede afirmar, con base en las reflexiones anteriores, que Sor Juana profesa un humanismo que posee los siguientes rasgos como esenciales: Naturalista, racionalista, **mecanicista**, autóctono y posición de género apenas insinuada pero potencialmente de ruptura. La cosmovisión general se ve sustentada por el **antropocentrismo** novedoso de su época y por la reconquista de la libertad en todos sus niveles desde el ser-mujer-americana; se la limita por las directrices oficiales del catolicismo y por el barbarismo español trasladado a México en su época.

Pero estas tesis humanísticas, que desde la perspectiva posmoderna llenan de gran optimismo, no calzaron con la oficialidad religiosa con que tenía que lidiar Sor Juana, toda vez que, por razones políticas y por tesis caducas, se continuó midiendo y viviendo el desarrollo histórico desde el medievalismo más limitante.

Por su parte, las elites religiosas superiores, en su mayoría, resultaron androcéntricas y agustinianas, comprendiendo como peligrosas las tesis de la religiosa, toda vez que se sustentaban en un discreto feminismo y, lo más evidente, en orientaciones científicas amenazantes del, para entonces, frágil teocentrismo vertical y oficializado.

Nacía un nuevo mundo, con Sor Juana entre sus **líderes** latinoamericanos, pero el intento oficial para abortarlo fue permanente y se valió de los más lamentables recursos prohibitivos.

Sor Juana sufre de censura y el Santo Oficio, por medio del Arzobispo de México y otras autoridades, la coacciona para que silencie su obra y no estudie más. A lo largo de la carta objeto de nuestro análisis, se puede observar esta latente amenaza de la que no solo tuvo conciencia sino además se pronunció de esta forma:

"Una vez lo consiguieron con una prelada muy santa y muy cándida que creyó que el estudio era cosa de Inquisición y me mandó que no estudiase. Yo la obedecí (unos tres meses duró el poder ella mandar) en cuanto a no tomar libro, que en cuanto a no estudiar absolutamente, como no cae debajo de mí potestad no lo pude hacer."

Esta situación le generó a sor Juana Inés grandes molestias pues, en su concepción antropológica el ser

11 En tesis análogas la precedieron Santa Teresa de Jesús y María Zayas, literatas castellanas que plantearon los primeros elementos para una nueva concepción de género. Léase a Calvo: 1994.

humano se lo comprende como dotado de entendimiento y, por tanto, orientado hacia la sabiduría por naturaleza, según ya se ha indicado. Ella no podría renunciar al estudio, a la ciencia ni a ningún otro principio de su humanismo, no porque no quisiera, sino porque no le es dable a ser humano alguno la capacidad de auto-negarse, en tan drástica contradicción con la obra divina. Esto lo hace patente cuando escribe:

"Pero todo ha sido acercarme más al fuego de la persecución, al crisol del tormento, y ha sido con tal extremo que han llegado a solicitar que se me prohíba el estudio".

La religiosa argumenta todo lo que puede en su favor e inclusive, apelando a la autoridad del Dr. Arce, transcribe una cita de suma importancia para su cometido:

"... el leer públicamente en las cátedras y predicar en los pulpitos no es lícito a las mujeres; pero que el estudiar, escribir y enseñar privadamente no sólo les es lícito, pero muy provechoso y útil; clara está que esto no se debe entender con todas, sino con aquellas a quienes hubiere Dios dotado de especial virtud y prudencia y que fueran muy proyectas y eruditas y tuvieren el talento y requisitos necesarios para tan sagrado empleo".

Arce es claro al no contradecir el Santo Oficio. La *lectio*, o sea, la lectura técnica de las sagradas escrituras o, en tiempos medievales, de las Sentencias de Pedro Lombardo, era función exclusiva de hombres preparados para ello, mas nunca de mujeres. Sin embargo, aparte de esta función oficial y delimitada, las mujeres, divinamente provistas para hacerlo y según interpretación de avanzada para aquel momento, sí podrían estudiar, escribir e inclusive enseñar por la escritura, no dictando cátedra.

Para la época de Sor Juana el Santo Oficio, instalado en México desde finales del siglo XVI, ya no decapitaba ni quemaba en la hoguera, sin embargo, utilizaba grandes estrategias silenciadoras, especialmente dirigidas a lograr la sanción pública y el escarnio social. Los libros herético-eran quemados y las acciones catalogadas como tales eran objeto de sentencias que obligaban a la renuncia perpetua hacia tales inclinaciones.

Mas que censura, por medio de la coerción ideologizadora y el manejo de la culpa y el temor, la oficialidad lograba, algo peor, la autocensura. Es precisamente ésta la actitud que asume nuestra autora en sus últimos años de vida.

El humanismo de Juana de Asbaje se ve así coactado y reprimido. Por razones de fe caduca y en grandes conflictos de lealtad y represiones, ella se ve obligada a desnaturalizar su quehacer científico, fiel representante de las actitudes más características de su momento.

Entonces, además de los rasgos ya citados, el humanismo de Sor Juana posee dos más: la censura oficial y la autocensura. Estos triunfarían en lo inmediato y por la oficialidad, pero el abono para la germinación del nuevo humanismo estaba dado, no podría esperar mucho más; la misión de Juana Inés fue trascendental humanísticamente hablando.

BIBLIOGRAFÍA

- Calvo, Y. "*Sor Juana Inés de la Cruz, Teresa de Castagna, María de Zayas y la defensas de las mujeres letradas*". *Káñina*, 18 (1): 247-250, enero-junio, 1994.
- Catalá, R. *Para una lectura americana del barroco mexicano: Sor Juan Inés de la Cruz y Sigüenza y Góngora*. Minneapolis, The Prisma Institute, 1987.
- Caudet, R. "*Sor Juana Inés de la Cruz. La crisis de 1690. Cuaderno Americano*". México I, México D. F., 1979.
- Descartes, R. *Discurso del Método y Meditaciones Metafísicas*. Argentina, Editorial Porrúa, S. A., 1977.
- Juana Inés de la Cruz, *Sor. Obras completas: I y II*. México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1951.
- _____. *Obras escogidas*. Barcelona, NOCUER, 1976.
- Martinez-San Miguel, Y. *Saberes americanos: Subalternidad y epistemología en los escritos de Sor Juana*. Pittsburg, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 1999.
- Montaigne, Michael. *Les essais*. París, Presses Universitaires de France. 1978.
- Paz, Octavio. *Sor Juana Inés de la Cruz o las Trampas de la fe*. México D. F., Fondo de Cultura Económica. 1985.